

demostraciones para dar impulso á sus facultades nacientes. Acaso hay que ver también en esto una advertencia. Si es incontestablemente útil que los niños se complazcan en estudiar las formas y las disposiciones exteriores de los cuerpos, en seguir su descomposición y recomposición, ó en observar en su manifestación natural ó en su representación pintoresca el funcionamiento de una gran ley, conviene también decir que al cabo de algún tiempo, cuando sus sentidos están rectificadas, aguzados, divertidos y formados, esa clase de estudios es para ellos más una distracción que un trabajo, pues los ocupa y no los ejercita. Hemos desterrado para siempre el fastidio de la escuela; cuidemos de no haber eliminado exageradamente el esfuerzo. »

No olvidemos que el espíritu debe ser algo más que un espejo fiel de la realidad exterior.

Consecuencias de una buena educación de los sentidos. — Conviene no creer que la pedagogía, al consagrarse á la educación de los sentidos, no se ha propuesto más que formar un animal de vista penetrante y fino oído, capaz solamente, como Emilio á los doce años, de apreciar distancias, de mover cuerpos, de vivir en fin, en medio de los obstáculos del mundo material. No; la educación de los sentidos es el pre-facio necesario para la educación del espíritu. Á favor de las percepciones incompletas y defectuosas se desliza fácilmente el error en la inteligencia. Por el contrario las percepciones claras y distintas son bases sólidas para las facultades superiores de la inteligencia, y la claridad de las nociones sensibles, que son los materiales de todas las construcciones ulteriores de la inteligencia, irradia en el espíritu entero. Sin un conocimiento exacto y preciso de las propiedades visibles y tangibles de los objetos, nuestras concepciones podrían ser falsas, nuestras deducciones defectuosas y estéril todo nuestro trabajo mental. El cultivo de los sentidos no es, pues, como lo hacía observar Mme Pape-Carpantier, « un juego fútil ni una especie de intermedio en las lecciones serias, sino una lección seria también, cuyo resultado interesa á todas las facultades del espíritu.

LECCIÓN V

CULTIVO DE LA ATENCIÓN.

Sentido íntimo ó conciencia. — Diversos grados de la conciencia. — Educación de la conciencia. — La atención y la educación. — Definición de la atención. — Importancia general de la atención. — La atención en el niño. — Estados intermedios. — Comienzos de la atención. — Atención impuesta. — Otros caracteres de la atención en el niño. — Corta duración de la atención. — Ejercicio de la atención por los sentidos. — Signos exteriores de la atención. — Necesidad de movimiento. Estímulos de la atención. — La curiosidad. — Efectos de la novedad. — Efectos de la variedad. — Pocas cosas á un tiempo. — Condiciones externas de la atención. — No se deben tolerar las distracciones. — Casos en que la atención es rebelde. — Consecuencias morales de la falta de atención.

desde
Sentido íntimo ó conciencia. — Se llama sentido íntimo ó conciencia el conocimiento que tiene el espíritu de sí mismo y de todo lo que pasa en él. La conciencia ilumina y acompaña, como una luz interior, á todos los estados psicológicos y á todas las operaciones mentales. No es, pues, tanto una facultad distinta como un carácter común á todas las facultades del espíritu, cuya condición propia es no poder funcionar sin saber que funciona. En el fondo no es más que la inteligencia que se conoce á sí misma y todo lo que se verifica en el ejercicio de las diversas facultades mentales.

Diversos grados de la conciencia. — La inteligencia ó la conciencia no alcanza de una sola vez toda su claridad en el niño, sino que atraviesa diferentes grados. Oscura y confusa en el recién nacido, le

informa muy vagamente de lo que pasa en su alrededor. Poco á poco se hace más clara y más distinta, refiere al yo los fenómenos interiores, y adquiere, por último, toda su potencia cuando, gobernada por la voluntad, se manifiesta en forma reflexiva.

Entonces toma el nombre de *reflexión* cuando se aplica al espíritu mismo, y de *atención*, cuando se refiere á lo que está fuera de nosotros. « El nombre de reflexión, dice M. Janet, expresa la vuelta del espíritu sobre sí mismo ó sobre su pensamiento; es la atención por dentro (1) ». Del mismo modo la atención es la reflexión por fuera.

Educación de la conciencia. — La educación de la conciencia se confunde con la de todas las facultades. Cuanto más se desarrollen las diversas potencias del alma, más se aseguran la claridad y la fuerza de las percepciones de la conciencia (2).

Bajo la primera forma la conciencia se sustrae casi por completo á la acción de la educación. El alma se esclarece, por decirlo así, ella misma, por el crecimiento natural de sus fuerzas, y llega á darse cuenta de sus actos. El educador no tiene para qué intervenir para apresurar ese progreso natural, debido al crecimiento y á la edad.

La conciencia no da tampoco ocasión á una cultura especial, una vez desarrollada. Su potencia estará siempre en proporción con el grado de fuerza de las diferentes facultades.

Sin embargo, en lo que se refiere á la parte de la conciencia que tiene por objeto inmediato el yo y que es el principio del sentimiento de la personalidad, la

(1) M. Janet. *Cours de morale*, p. 65.

(2) Sabido es el papel que desempeñan en el primer desarrollo del espíritu, lo que los filósofos contemporáneos llaman las impresiones inconscientes y Leibnitz llamaba las percepciones no percibidas. Es, pues, preciso velar por que el medio en que el niño crece sea sano y puro á fin de que no se deslice, por decirlo así, nada malo en su alma, sin saberlo nosotros. Aun antes del desarrollo de la conciencia, hay una educación negativa que consiste en alejar del niño todas las influencias nocivas.

educación tiene una acción que ejercer para fortificar la reflexión psicológica y para asegurar á la persona humana la plena posesión de sí misma.

Pero, en general, la conciencia se confunde con la inteligencia, y el primer cuidado del pedagogo debe ser asegurar los progresos de esta facultad someténdola á la dirección de la voluntad, ó en otros términos, haciéndola susceptible de atención.

La atención y la educación. — « Es importantísimo, decía Condillac, hacer comprender al niño lo que es la atención. » No, lo importante es enseñarle á estar atento, y el medio de lograrlo no es explicarle teóricamente las condiciones de la atención, sino que las conozca el mismo maestro, á fin de colocar prácticamente al niño en condiciones, presentándole objetos que estén á su alcance y que exciten su interés.

No hay que esperar nada de esos espíritus lánguidos ó demasiado movibles, que no se aficionan á ningún estudio y á quienes no cautiva ninguna lección. Todo debe esperarse, por el contrario de una inteligencia atenta, que sabe fijarse en los asuntos que estudia. Hasta el día en que el maestro ha fijado durante algunos minutos la atención de sus alumnos, no puede estar seguro del éxito ni ha empezado verdaderamente la instrucción. Si tiene que habérselas con un auditorio distraído, renovará el trabajo de las Danaides y verterá su ciencia en un tonel sin fondo.

Definición de la atención. — La atención perfecta en su forma definitiva, es el carácter de una inteligencia que se posee á sí misma, que se gobierna y que se aplica á lo que quiere; en una palabra, es la libertad del espíritu. La inteligencia atenta no está á la merced de las impresiones exteriores ó de las sugerencias caprichosas é involuntarias de la memoria y de la imaginación; se dedica á los objetos que ella misma ha escogido y se pertenece á sí misma.

La atención no es una facultad especial sino un modo general de efectuarse las operaciones intelectuales.

tuales. Se une á la memoria, á la imaginación, al juicio, y les asegura su máximum de fuerza. Todo el mundo sabe la diferencia entre *ver* y *mirar*, entre *oir* y *escuchar*, entre *tocar* y *palpar*. La conciencia atenta es la *reflexión*, que penetra con una mirada más profunda en los repliegues del mundo interior de los sentimientos y de los pensamientos. Los progresos de la memoria están unidos á los progresos de la atención misma, y el razonamiento no es verdaderamente sólido y fuerte más que cuando es reflexivo, es decir atento.

Importancia general de la atención. — Basta haber definido la atención para darse cuenta de su influencia y de sus efectos. La historia de los hermosos descubrimientos científicos y de las grandes obras humanas no es, en su mayor parte, más que el relato de los esfuerzos de la atención. Newton decía que había descubierto las leyes de la atracción universal « pensando siempre en ellas. » Buffon definía el genio diciendo que era « una larga paciencia. » En proporciones más modestas, todos los resultados del trabajo intelectual atestiguan directamente la importancia de la atención.

Pero hay, en cierto modo, una contraprueba de esta verdad, y es que las imperfecciones del espíritu corresponden á los desfallecimientos de la atención. El idiota y el imbecil son incapaces de fijar su espíritu en ningún objeto. El monomaniaco es como esclavo de una idea fija que le absorbe por completo. El loco, por el contrario, sigue en un instante mil pensamientos diversos, impotente para detener su espíritu en ninguno de ellos. La locura en todos sus grados no es más que la incapacidad de ser atento, de dirigir el espíritu. La inteligencia no pertenece al loco, que la tiene, como se dice, *enajenada*.

La atención es, pues, la nota característica del estado normal de la inteligencia y como la salud del espíritu. No es, pues, extraño que varios filósofos,

como Laromiguière, hayan considerado la atención como el principio de todas las facultades intelectuales.

La atención en el niño. — Puesto que la atención es la forma perfecta de la inteligencia y la operación consciente por excelencia, lo que implica la participación de la voluntad y de la personalidad entera, es evidente que no puede manifestarse enseñada en el niño á la edad en que las facultades están naciendo.

El niño es naturalmente distraído, y la distracción es lo contrario de la atención. Es en primer lugar juguete de las sensaciones que se van sucediendo y que arrastran su espíritu de una parte á otra. Á una edad un poco más avanzada, el niño está siempre solicitado por sus imaginaciones, por sus recuerdos, por las ideas incoherentes que brotan no se sabe de dónde en su conciencia. Su inteligencia es tan movable como su cuerpo porque está atraída por diversas fuerzas y va como á remolque de las impresiones involuntarias que van sin cesar á interponerse en su trabajo y en sus estudios. El traerla á su objeto y el fijarla es un negocio arduo.

No pensemos, pues, en reclamar del niño la atención verdadera y absoluta, pues esto sería como imponer la inmovilidad á un pájaro. Y, sin embargo, hay que hacer que el niño se vuelva atento, puesto que así lo exige hasta la instrucción más elemental. Es preciso á toda costa obtener de él ese esfuerzo de atención que le es tan penoso y que parece tan contrario á su naturaleza, esa *concentración*, como dicen los psicólogos ingleses, tan poco conforme con la disipación natural de sus ideas y con la movilidad de su imaginación.

El problema parece desde luego insoluble, y no lo es, gracias á ciertos grados intermedios que la naturaleza ha dispuesto entre el estado de distracción ordinario, que es el punto de partida, y la costumbre de la atención, que es el fin á que se quiere llegar.

Estados intermedios. — Las potencias del espí-

ritu no son desde luego todo lo que serán un día. Algunas veces son enteramente diferentes en sus comienzos de lo que llegarán á ser, y presentan caracteres casi opuestos á los que manifestarán en su forma adulta y definitiva. En este caso está la atención, que se puede decir es la acción voluntaria de la inteligencia y que, sin embargo es, en su origen, involuntaria é irreflexiva.

Léase el capítulo que un observador ingenioso de la infancia, M. Pérez, ha dedicado á los primeros desarrollos de la atención, y se verá que la atención no es en el niño más que la sombra y el fantasma de la atención verdadera (1). Según los ejemplos que M. Pérez ha recogido, la atención se confunde alternativamente con una *necesidad imperiosa*, como la del niño de pecho, que mira fijamente el seno de la nodriza; con una *sensación viva*, como la del niño de un mes que es capaz de seguir durante tres ó cuatro minutos el reflejo de la luz en un cuadro puesto cerca de la ventana; y hasta con la *movilidad de las impresiones*, como en el caso de la niña de tres meses que se nos pinta « atenta á todo lo que sucede en su derredor, á los sonidos de toda especie, á un ruido de pasos en la habitación. » En estas diversas circunstancias en que el niño parece demostrar atención, « el sujeto atento, dice M. Pérez, no se pertenece á sí mismo, sino que está dominado por el objeto observado. » Esto es lo contrario de la atención. Lejos de ser una sensación exclusiva ó una condescendencia del espíritu con las múltiples impresiones de los sentidos, la atención consiste sobre todo en dominar las sensaciones para seguir voluntariamente un pensamiento que se prefiere á todos los demás. No es la repercusión ni el resultado de una excitación que viene de fuera, sino que emana de un esfuerzo interior. Esa costumbre de atención pronta, dispada caprichosamente é insufi-

(1) M. Pérez, *Les trois premières années de l'enfant*.

cientemente concedida á cualquiera cosa, es, en efecto, propia del niño, pero es la negación completa de la atención propiamente dicha. *mas*

Comienzos de la atención. — Sin embargo, por ahí es precisamente por donde empieza la atención. No hay otro medio de cultivarla en los primeros años que hacer tomar al niño la costumbre de las impresiones vivas, dominantes, que retengan y cautiven su espíritu y que son como simulacros de atención.

Cuando su mirada haya sido atraída un buen número de veces por los colores vivos y las formas brillantes que le fascinan; cuando haya prestado su oído á la voz fuerte que le domina y á los sonidos armoniosos que le encantan, estará insensiblemente dispuesto á dirigir por sí mismo la atención hacia esos objetos habituales de su contemplación. Á la excitación acostumbrada del exterior, responderá poco á poco un movimiento voluntario del interior. Á la atención involuntaria sucederá la atención libre. No hay más secreto para conducir al espíritu hacia la libertad que impresionarle antes con sensaciones continuas y forzosas. Es maravilloso ver cómo por una evolución natural, por la fuerza misma del espíritu, se abre paso la energía interior, la voluntad se introduce por grados en el hábito de un trabajo impuesto y de un pensamiento mantenido por la violencia sobre un mismo punto.

La atención impuesta. — No hay, pues, más consejo que dar al educador, respecto de este primer cultivo de la atención, que el de imponer al niño la consideración prolongada del mismo objeto. De esta especie de atención simulada saldrá la verdadera. Lo mejor es colocar al niño de modo que nada provoque sus distracciones (1). Si se pone al niño con su silabario en un jardín, la diversidad de sensaciones

(1) « Haced reinar la calma al rededor del recién nacido, á fin de que las impresiones que recibe por los sentidos sean claras y distintas. » (Mme Necker de Saussure, t. II, p. 125).

que le rodean hará casi imposible fijar su atención. Una mariposa que pasa, un pájaro que vuela le distraerán de su tarea. Colocadle, por el contrario en una habitación casi desnuda y un poco sombría, donde las sollicitaciones sensibles sean raras; haced de manera que no vea más que el silabario, y conseguiréis que repita casi dócilmente su lección. No tenéis que habéroselas en este caso con un espíritu verdaderamente atento que se esfuerza por sí mismo en seguir una dirección dada, sino con un ser pasivo al que mantenéis á fuerza de arte bajo la dependencia de una sensación única, la de la sílaba que le hacéis deletrear, y que se escapará en la primera ocasión para hacerse esclavo de una sensación nueva. Pero en esta especie de sujeción en que le retiene una sola y exclusiva sensación, el espíritu se fortalecerá poco á poco, perderá la costumbre de la disipación y de la movilidad, se prestará más y más, con creciente complacencia, á los objetos de estudio que le propongáis; y después de haber sido oprimido, llegará á consentir, prestará atención y acabará por aficionarse por sí mismo á las cosas hacia las cuales le impulse su propia elección. Y hasta en la atención del hombre maduro quedará siempre algo involuntario y forzado, como el atractivo irresistible de un pensamiento favorito, de un estudio predilecto, de una afición dominante.

Otros caracteres de la atención en el niño.

— Cuando el niño haya crecido y llegado á la edad escolar, se podrá pedirle un poco de atención voluntaria y contar algo con su propio esfuerzo. Pero ¡cuántas precauciones habrá que usar aún para provocarla y retenerla! Para esto habrá que consultar la naturaleza del niño y tener en cuenta los caracteres particulares de su espíritu, á cada uno de los cuales corresponde una serie de reglas pedagógicas.

Desde luego, la atención del niño es corta y se agota prontamente. Además, no se aplica voluntariamente

mas que á los objetos sensibles. No es absoluta y no siempre corresponde la inmovilidad del cuerpo á la fijeza del espíritu. Es por último, débil, generalmente, y hay que recurrir á toda especie de estímulos para despertarla y para mantenerla.

Escasa duración de la atención. — No diremos nada nuevo recordando que los niños no son capaces de contener largo tiempo su espíritu.

« Horacio Grant ha sentado que después de los cinco á diez minutos, en los niños pequeños, y de los treinta á cuarenta y cinco, en los mayores, la atención se cansa y falta el esfuerzo intelectual (1). »

El niño emplea, generalmente, toda su energía en el principio de la lección, pero pronto se agotan sus fuerzas y tiene necesidad de ocuparse en otra cosa ó en nada, y de descansar en el juego ó en el reposo absoluto. Cuidemos, pues, de proceder por grados. Que las lecciones sean cortas al principio para prolongarse á medida que se desarrolle la capacidad de atención del discípulo. Se deben también variar los ejercicios: el cambio es un descanso (2). Interrumpamos en lo posible los trabajos escolares con recreos que, como indica su nombre, rehacen verdaderamente y *recrean* ó vuelven á crear las fuerzas agotadas.

Ejercicio de la atención por los sentidos.

— Es también una verdad sabida la impotencia del niño para las ideas abstractas. Un medio seguro de hacerle distraído y de debilitar acaso para siempre su fuerza de atención es enseñarle demasiado pronto verdades generales y reglas y fórmulas que le repugnan porque no las comprende. Las ideas generales son nulas para los niños; solamente los hechos tienen realidad á sus ojos.

M. Egger cita un ejemplo elocuente de esta incapacidad del niño para comprender lo abstracto.

(1) M. Fonssagrives, *l'Éducation physique des garçons*.

(2) El programa oficial en Francia dice claramente: « Cada sesión será interrumpida ya por el recreo reglamentario, ya por movimientos y cánticos.

« Á los tres años y medio, Emilio, á quien se hace leer la cifra 3, número de una casa, se niega á ello, « porque no hay allí más que una cifra ». No se explica que un solo signo pueda indicar la pluralidad. »

Nunca se dirá bastante que el niño no se asimila al principio más que los conocimientos sensibles. Hablemos, pues, á los sentidos y ahorremos en lo posible las abstracciones á los principiantes. Una de las mejores razones de las *lecciones de cosas* es que se inspiran precisamente en el principio fundamental de que conviene ejercitar la atención en objetos concretos y sensibles antes de aplicarla á las cosas abstractas.

Signos externos de la atención. — Otro de los caracteres de la atención en el niño es que rara vez la acompañan los signos externos que son su indicación en el hombre. El pensador cuando reflexiona permanece inmóvil, con los ojos fijos y la cabeza inclinada. Ved, por el contrario, al niño que da la lección; no se está quieto un segundo; su vista se reparte á derecha é izquierda por el techo; las piernas, los brazos, todo está en movimiento. He conocido una niña que no podía aprender á leer si no estaba cosiendo al mismo tiempo. Daba gusto verla tirar maquinalmente de la aguja con sus deditos, mientras deletreaba la cartilla puesta en las rodillas de su madre. El niño, en resumen, tiene necesidad de movimiento hasta cuando estudia. La actividad intelectual no suspende en él la actividad física. La atención de que es capaz no le absorbe por completo.

Necesidad de movimiento. — Siendo esto así, conviene dar lo que es suyo á esa necesidad de movimiento y no exigir del niño una inmovilidad absoluta. No le pidamos que permanezca durante seis horas en clase, en la actitud de una estatua pensante, porque esto es imposible á su edad. No exijamos de él signos externos de atención con tal de que sea verdaderamente atento.

Busquemos los métodos que dando ocasión al movi-

miento físico de ejercitarse cuanto necesita, ayuden al trabajo del pensamiento. El niño aprende á escribir más fácilmente que á leer, porque el trabajo de escritura ejercita su mano y por esto le gusta más.

Los procedimientos *fonomímicos*, dígame lo que se quiera, tienen la ventaja de introducir en el estudio del alfabeto actitudes y movimientos y de alterar la inmovilidad, insostenible para los niños. Uno de los méritos del sistema Fröbel es que ejercita á la vez los sentidos y la facultad motriz.

Sería, sin embargo, peligroso conceder demasiado á las veleidades físicas del niño. El orden de la clase no resultaría muy favorecido con unos discípulos en continuo movimiento y cuyo ideal fuese aprender á leer dando saltos. Además, si no se vigila al niño en este sentido, podrá adquirir costumbres feas y vicios desagradables. Miss Edgeworth, que se preocupa, acaso con exceso, de este peligro, escribe no sin razón:

« Si un niño no puede leer sin mover la cabeza, como un péndulo, vale más interrumpir su lección de lectura que dejarle crecer con esa ridícula costumbre (1). »

Estímulos de la atención. — « El interés que inspira el asunto mismo del estudio, ha dicho un pedagogo, es un talismán único para provocar la atención. » La principal preocupación de los maestros debe ser, por lo tanto, crear ese interés.

La atención verdadera, como el afecto, no se deja obligar, sino que se da á los que saben ganarla. Nada más importante, por consecuencia, que la elección de las cosas que han de enseñarse y, sobre todo, de la manera de enseñarlas.

Hay que precaverse, sin duda, contra los errores de una educación demasiado complaciente y demasiado fácil, que abuse de la diversión y excluya el esfuerzo, pero no olvidemos, sin embargo, que el placer es el

(1) *L'Éducation pratique*, t. I, p. 51.

más poderoso estímulo del estudio. Desviemos los obstáculos todo lo posible del camino de esa atención aún vacilante, que no le recorrerá si no encuentra en él algo que le agrade.

No es indiferente nada de lo que pueda contribuir á dar atractivos á la enseñanza. El talento de los profesores será siempre la prenda más segura de la atención de los alumnos; pero á falta de talento, la sencillez y la claridad de la exposición tendrán una dichosa influencia en las disposiciones del auditorio. Hasta el tono de la voz y la actitud del maestro, que manifiesta el interés que tiene para él lo que enseña, contribuyen á excitar la atención en los que aprenden ó escuchan.

No se trata de hacerlo todo agradable y atrayente, pero conviene recordar, sin embargo, que lo que conmueve la sensibilidad, lo que se relaciona con el placer ó con el dolor, lo que es agradable ó doloroso despierta seguramente la atención; pero sólo lo agradable la retiene.

7.ª lección **La curiosidad.** — En esta investigación del atractivo el educador está ayudado por la naturaleza misma del niño, á menos que á su espíritu le repugne absolutamente la atención.

La curiosidad, ese gran móvil de la inteligencia que Fenelón ha definido admirablemente « una propensión de la naturaleza que precede á la instrucción; » la curiosidad, hábilmente provocada y oportunamente satisfecha, es la fuente natural de la atención.

Un obispo del siglo diez y nueve, menos liberal que Fenelón, no tiene más que palabras severas para la curiosidad del niño.

« El alma ligera, disipada, *curiosa*, abierta por todas partes, lo deja todo perder y no gana nada. Ninguna obra seria es posible con ella ni en ella (1). »

La curiosidad, que es, en efecto, el carácter de un

(1) Dupanloup, *de l'Éducation*, t. III, p. 465.

espíritu abierto por todas partes, impaciente por saber y ardiente en la investigación, es, por el contrario y diga lo que quiera Dupanloup, una disposición preciosa, una dichosa aptitud, de la que es preciso saber usar con habilidad y discreción. Es una especie de apetito intelectual, al que hay que proporcionar alimentos sanos.

¡ Dichosos los maestros que tienen que habérselas con inteligencias naturalmente curiosas! ¡ Dichosos, sobre todo, los que saben provocar y sostener la curiosidad! Para esto hay que recurrir hábilmente á los gustos del niño y favorecerlos, aunque sin aumentarlos. « La prisa por sacar partido de un gusto, dice Mme. Necker de Saussure, mata con frecuencia ese gusto mismo. »

« La manera que existe de instruir al niño, dice en el mismo sentido M. Lacombe, tiene el inconveniente de que estorba la curiosidad, la impide nacer ó detiene en el acto sus movimientos. ¿ Qué se hace, en efecto? Se coge al niño, se le sienta en un banco y se le enseñan de corrido multitud de cosas cuya existencia ignoraba, que ni siquiera sospechaba y que, por consecuencia, no podía desear conocer. Se apaga su curiosidad antes de que haya podido despertarse. Se le enseñan de una vez y con más detalles de los que él pudiera desear las cosas que ha entrevisto y acaso han despertado en él un deseo curioso. Se aniquila su curiosidad apenas nacida. Son tantas las cosas que se enseñan por fuerza, que no le queda deseo alguno de saber nada más. »

Economicemos, pues, la curiosidad del niño y no la ahogemos hartándola muy pronto. Respondamos á sus preguntas, como exige Locke, pero dejémosle el cuidado de buscar él mismo, por una observación personal, la satisfacción que desea. La curiosidad no puede ser verdaderamente el germen de la atención sino estando en cierto modo entregada á sí misma, no satisfaciéndola demasiado pronto y dejándola tiempo de convertirse en un esfuerzo hacia la verdad.

Efectos de la novedad en la atención. — Uno de los mejores medios de excitar la curiosidad y por

consiguiente la atención, es presentar al niño objetos nuevos. El contraste despierta al espíritu á condición de que no sea muy violento, y de que el nuevo estudio no haga entrar al niño en un mundo absolutamente extraño á sus preocupaciones anteriores. « En los asuntos enteramente nuevos, dice miss Edgeworth, hacemos esfuerzos de atención excesivos y nos cansamos sin provecho. »

¿Quién no sabe por experiencia que el comienzo de una ciencia nueva, á pesar del atractivo de la novedad, es particularmente penoso? Hay que juntar y reunir en uno solo, para estar en lo cierto, los dos proverbios franceses según los cuales todo lo nuevo es bello y lo que más cuesta es el primer paso.

Efectos de la variedad. — No es tanto la novedad como la variedad lo que importa para educar la atención.

La alternativa de ocupaciones y de ejercicios es lo que anima una clase. Hay que saber pasar de la exposición á la interrogación y de un género de trabajo á otro, porque esos ejercicios diversos se refieren á diferentes facultades. Cuando una de éstas está cansada, es preciso concederle un poco de descanso y dirigirse á otra. El espíritu del niño está, por otra parte, ávido de cambio. A veces un sencillo cambio de tono del profesor basta para despertar una atención aletargada. Es muy difícil seguir con atención un discurso monótono y pronunciado sin inflexiones.

Pocas cosas á la vez. — Hay que evitar que el deseo de variar y diversificar la enseñanza nos haga caer en la confusión. La multiplicidad de los asuntos desvía la atención en lugar de servirla.

« Igual locura sería, dice M. James Sully, presentar al niño al mismo tiempo gran número de estudios diversos, que tratar de obligarle á tener su espíritu en tensión por tiempo indefinido sobre el mismo asunto (1). »

(1) M. Sully, *Éléments de psychologie*, p. 104.

No se conserva la atención ó, al menos, se la cansa hasta inutilizar su esfuerzo, cuando se le presentan demasiadas cosas á la vez. Desconfiemos de los profesores verbosos y de pensamiento superabundante, cuyas palabras se suceden con extrema volubilidad. No hay que esperar de sus lecciones un efecto duradero ni una impresión profunda. Tanto él como el discípulo llegan sin aliento al fin de esa carrera oratoria. El estado de espíritu que produce en el alumno la charla precipitada y la erudición de su maestro, recuerda el aturdimiento de unos esquimales cuya historia cuenta miss Edgeworth.

Recién llegados á Londres, visitaron en un día todos los monumentos de la capital, conducidos por un guía demasiado presuroso, y cuando se les interrogó, á la vuelta, sobre lo que habían visto, no sabían qué contestar. Apenas si uno de ellos, estrechado á preguntas, pudo salir de su marasmo para decir moviendo la cabeza: « Demasiado humo, demasiado ruido, demasiadas casas y demasiada gente... »

Condiciones externas de la atención. — « Es peligroso, dice miss Edgeworth, emplear estímulos extraños al objeto que se estudia. Seguramente conviene que, en lo posible, el interés resulte del estudio mismo y poner en movimiento los resortes internos de la atención: pero esto no quiere decir que deban desdenarse los recursos que vienen de fuera ni desconocer la importancia de las condiciones materiales en que puede ser colocado el niño.

He aquí, según M. Bréal, algunas de esas condiciones:

« El maestro debe permanecer todo lo posible en su sitio, con la clase delante de él y exigir que todas las miradas estén dirigidas á él. La enseñanza no empieza hasta que todos los niños han adoptado una actitud correcta y recogida. Un golpe en la mesa ó una palabra convencional indicarán que la clase ha empezado. Las preguntas deben dirigirse á la clase entera. El maestro hará la pregunta y dejará, después, pasar el tiempo

necesario para que cada cual encuentre la respuesta; sólo entonces nombrará al alumno que debe responder. Si éste empieza por buscar la respuesta después que ha sido preguntado, esto probará su falta de atención. Si la respuesta dada por un alumno es correcta, se debe dirigir á otro la misma pregunta; si no lo es, debe ser corregida por él. Las frases importantes deben ser repetidas á coro por toda la clase. En cuanto se indique la falta de atención el maestro debe detenerse. Un medio de avivar la clase, pero del cual no se debe abusar, es hacer que todos se levanten y se sienten de nuevo á una voz de mando. Los discípulos deben responder siempre en voz muy alta; el maestro puede hablar bajo. El oído de los discípulos se acostumbra pronto á las voces, que no sirven ya para nada desde ese momento (1). ».

Á esas precauciones hay que añadir otras sugeridas por la experiencia. La atención varía según las horas del día, los días de la semana y el intervalo entre el trabajo y las comidas. Es más poderosa por la tarde, y durante las primeras horas más que durante el resto del tiempo (2). Un educador circunspecto tendrá en cuenta todas estas diferencias para arreglar el orden de los estudios. Empezará por los ejercicios más difíciles y dejará para el fin de la clase los que requieran menos atención.

No se deben tolerar las distracciones. — No se asegura en realidad el vuelo de una cualidad intelectual, más que reprimiendo los defectos opuestos; así es preciso combatir á toda costa la distracción y, después de haber agotado los medios de corregirla suavemente, saber recurrir á los castigos para prohibirla.

« Las distracciones, dice Kant, no deben ser toleradas jamás al menos en la escuela, porque acaban por degenerar en costumbre. Los mejores talentos se pierden en los hombres sujetos á distracciones... Los niños distraídos no oyen sino á medias, responden al revés y no saben lo que leen. »

(1) *Dictionnaire de pédagogie*, artículo *Attention*.

(2) El reglamento de 1882, en Francia, dice formalmente: « Los ejercicios que exijan mayor esfuerzo de atención, tales como la aritmética, la gramática, etc., se efectuarán con preferencia por la mañana. »

Casos en que es rebelde la atención. — La falta de atención procede, ya de un modo accidental, de circunstancias pasajeras que es fácil modificar, ya de la torpeza general de un espíritu incapaz de fijarse.

En el primer caso los remedios que se deben emplear son la aplicación de los consejos que hemos dado y que tienden á colocar el espíritu en las circunstancias más favorables para el desarrollo de la atención. Esas reglas deben ser aplicadas con delicadeza y teniendo en cuenta las excepciones que exigen. Es una ley general que la atención es especialmente poderosa en el discípulo al empezar la clase, y, sin embargo, ¿quién no ha observado que al niño le cuesta algún trabajo ponerse en situación de estudiar? Generalmente vacila al empezar la lección y necesita unos minutos para volver en sí y reunir las fuerzas dispersas de su espíritu. Al principio está remiso como un caballo al que hay que fustigar para que se ponga en marcha.

La situación es más grave cuando hay que haberse-las con naturalezas completamente ingratas y cuando la falta de atención es resultado de una indiferencia general del espíritu.

« Este descuido de carácter, dice Locke, es el peor defecto que puede presentarse en un niño y el más difícil de corregir, porque tiene su origen en el temperamento (1). »

Pero, á decir verdad, esta falta de atención incurable es muy rara. Lo más frecuente es que el niño, hasta el más distraído en clase, recobra todo su ardor y toda su energía, ya en el juego, ya en una ocupación favorita. Es, pues, preciso observar con cuidado su carácter y si es indiferente en todas sus acciones habrá poco que esperar de él; pero si hay cosas, sean las que quieran, que conquistan su preferencia y que

(1) Locke, *Quelques pensées sur l'éducation*, p. 190.

hace con gusto, cuidemos de cultivar esa afición particular y aprovechémosla para ejercitar su actividad y obtener su atención. Una vez fijada y desarrollada sobre un punto, su atención podrá irradiarse sobre otros y extenderse poco á poco á los estudios que le habían repugnado al principio.

Consecuencias morales de la falta de atención. — La atención no aprovecha solamente al estudio y al trabajo intelectual. La conducta y el carácter tienen tanta necesidad de ella como las cualidades de la inteligencia. La falta de atención en la vida práctica es sinónima de ligereza y aturdimiento. El ser habitualmente atento no es sólo el mejor medio de instruirse y de progresar en las ciencias, ni la solicitud más eficaz que podemos dirigir á la verdad para que se nos entregue, sino que es también uno de los instrumentos más preciosos de la perfección moral, el modo más seguro de evitar los deslices y las faltas y uno de los elementos más necesarios para la virtud.

hasta examen hasta

LECCIÓN VI

CULTIVO DE LA MEMORIA.

Importancia de la memoria. — La memoria en el niño. — Opinión de Rousseau y de Mme Campan. — Caracteres de la memoria infantil. — El cultivo de la memoria. — ¿Es necesario? — ¿Es posible? — Ejercicio de la memoria. — Diversas cualidades de la memoria. — 1º Prontitud en aprender. — 2º Persistencia del recuerdo. — 3º Prontitud para recordar. — Memoria y juicio. — Memoria y relato. — Opinión de M. Herbert Spencer. — Argumentos en pro y en contra. — Cuando es necesario el recitado literal. — Ejercicios de recitado. — Abusos del recitado. — Elección de los ejercicios. — Resumen de las condiciones para el desarrollo de la memoria. — Procedimientos mnemotécnicos. — Asociación de las ideas. — Diversas formas de la memoria.

Importancia de la memoria. — No hay para qué disertar largamente sobre la importancia de la memoria. Á causa del abuso que de ella se hacía en otro tiempo, cuando reinaba el error de sacrificar á la memoria las demás facultades del espíritu y confiarla exclusivamente la educación, los pedagogos han dado en desacreditarla, en tenerla como sospechosa y en tratarla casi como enemiga. Pero, ¿han pensado en lo que sería sin ella la educación? ¿Han considerado que no hay un solo momento en que la enseñanza pueda pasarse sin su ayuda? La memoria envuelve y acompaña á las demás facultades y da materiales á todas.

« La memoria, dice Pascal, es necesaria para todas las operaciones del espíritu. » — « Sin la memoria, escribe Guizot, las más hermosas facultades serían